

Querida hermana,

Espero que esta carta os encuentre a ti y al niño bien. Las últimas noticias que tengo de tu parte las recibí poco después de que salieras de la maternidad. Cada día doy gracias al cielo por que la señora Engracia te dejara quedarte en la pensión con el niño. En tu carta me explicabas que a tu regreso habías encontrado una cunita en la habitación, al lado de tu cama, “para poder velar por el sueño de tu angelito”, como ella misma te había dicho. Que Dios la bendiga por cuidarte como lo hace. Esta guerra nos lo ha arrebatado casi todo, pero los buenos sentimientos de algunas personas permanecen y nos permiten todavía aferrarnos a la esperanza. Esperanza no sé en qué, pero esperanza al fin y al cabo.

¿Has tenido noticias de Ramón? ¿Sabes si ya ha conseguido cruzar la frontera? ¿Ha sabido del nacimiento del niño? Cuando pienso en él, escondido como un lobo en el monte, las lágrimas me vienen a los ojos y no puedo evitar recordarlo cuando apenas era un mozo y empezaba a merodear por nuestra casa. Se acercaba a padre, que en gloria esté, con cualquier excusa, para ayudarlo a ordeñar la vaca, para echarle hierba al pesebre, para quitarle la silla al burro, y en cuanto lo dejaba solo en la tarea, corría al patio a ver si te veía. Cada vez que oíamos resonar tu risa desde cualquier punto de la casa, sabíamos que Ramón estaba allí. Cada noche rezo por él y por sus compañeros, para que los fusiles enemigos no les corten el camino y consigan llegar al otro lado sanos y salvos.

Yo he tenido a mi niña malita, con unas fiebres muy altas. Don José Manuel, el médico, tuvo que venir a casa a visitarla, tan malita estaba la

criatura, y Don Pedro el boticario tuvo que fiarme las medicinas, pero ya pude saldar la deuda la semana pasada. Madre sigue como siempre; apenas habla y cada vez se mueve menos. La niña es la única que le arranca algunas palabras de vez en cuando. Todas las mañanas le pide que le haga las trenzas para ir a la escuela, y yo creo que lo hace expreso, criatura, para que su abuela tenga tarea fija que hacer. Y mientras madre la peina, ella le cuenta todo lo que la maestra les ha explicado el día anterior, los juegos con sus compañeras, y se ríe... Y por un momento me parece ver brillar una pequeña luz en los ojos de nuestra madre, como si quizás las vivencias de la niña le recordaran a las tuyas propias en un tiempo que queda ya muy lejano.

Encarnación, la de la posada, vino a hablar conmigo el otro día. Ella hace algunos meses que pasa la frontera de noche y se trae algunos paquetes de café de Portugal bajo las faldas para venderlos deestraperlo y poder sacarse algunas pesetas. Ya sabes que ella tiene tres criaturas, y como su marido sigue preso en el penal de Ocaña, la pobre se afana por trabajar de noche y de día para sacarlos adelante, hasta que el mayor sea un poco más mozo y pueda ponerse a trabajar. Vino a verme y me preguntó si yo querría hacer lo mismo. Yo tengo mucho miedo, hermana. Si me pillase la benemérita, bien sabe Dios que no pasaría del alto. Claro que nos iría muy bien poder arañar algunas pesetas, pero de momento le he dicho que no. Prefiero seguir trabajando en los olivos a plena luz del día, y que sea lo que dios quiera. Además, aquí en el campo, mal que mal, siempre hay algo que comer. Muchas veces me pregunto cómo hacéis en las ciudades, cuando la cartilla de racionamiento y los dineros se acaban... ¿Cómo hacéis, hermana?

La señora María, la hija del maestro, me preguntó el otro día por ti. Me dijo que si necesitabas algo, ella tenía contactos en la capital que podrían ayudarte. Se lo agradecí de corazón y le expliqué que de momento ibas a quedarte en la pensión, ya que todavía no habías recibido noticias de Ramón, pero que en cuanto él consiga cruzar la frontera, dios lo quiera, tu deseo es reunirte con él en Francia. Es una mujer digna de admiración, la señora María, tan entera después de todo. Tres hijos como tres castillos y los tres muertos en la guerra, y un marido fusilado al alba porque alguien del pueblo lo acusó de comunista... ¿Te das cuenta, hermana? Alguien de su propio pueblo, alguien que quizás jugó con él en el patio de la escuela, alguien con quién quizás fuera a las fiestas de los pueblos vecinos cuando era mozo, alguien a quién quizás le haya salvado alguna vaca de un parto atravesado... Eso es lo que verdaderamente nos ha metido el miedo en el cuerpo, hermana, el no poder fiarte ni de tu propia gente. Los fusiles matan al que tienen delante y las ideologías ahogan la mente del que las alberga, pero el miedo, el puro miedo, se nos ha instaladoa todos de tal forma que ya no hay manera de expulsarlo del cuerpo, y nos acompañará de por vida como nuestra propia sombra, siguiéndonos a cada paso.

No me puedo extender más por hoy. Voy a dejar la carta en la estafeta de paso que voy a casa de la señora Emilia. El otro día me pidió si podía ayudarla a varear la lana de su colchón. Está muy mayor ya, la pobre, y apenas puede dormir a causa del dolor de huesos. Muchas veces le he dicho a madre que vaya donde ella por las tardes, así se hacen compañía mutuamente, pero ella ni siquiera responde y sigue con la vista fija en alguna parte, como si este mundo ya no fuera con ella.

Ya me dirás si quieres que te haga llegar un paquetito con ropa para el niño en el coche de línea, para que lo recojas en la estación. Tengo ropita que lo mismo puede usarse para niño que para niña, y aunque tuviera que ir de rosa, lo importante es que la criatura no pase frío y no se te enferme. Y tan pronto como tengas noticias de Ramón, házmelo saber. Yo le rezo todos los días a la Virgen de los Remedios para que pueda ver el día en que tus cartas me lleguen desde Francia, y saber que por fin estáis los tres a salvo de las penurias que esta guerra nos ha dejado.

Cuídate mucho, a cuídame al niño, y agradece otra vez de mi parte a la señora Engracia que te conserve el trabajo y la habitación en la pensión.

Tu hermana que te quiere.